

# 1. La oración de Abraham

Por fin, la ceremonia. La hora había llegado, parecía imposible; ahí estaban.

Tantos preparativos y mensajes de una a otra casa, algún disgusto. Nervios y contraórdenes, frases ominosas: «algo saldrá mal en el último momento» o «seguro que llueve, porque como tengo esta suerte para todo...»: Resquemores sacados de un olvido más o menos piadoso, reavivados. Ahora ya, todo a punto. Listo. Entraban.

El coro, obedeciendo a una señal, cantaba un motete relamido, más bien cursi, propio de Regina, que ella como de costumbre quedaba al lado de las cosas, justo en el límite de lo que debería haber sido, sin llegar a ser. Orillas. Carlos sintió una especie de asombro, pensar que con aquella mujer se había casado muchos años atrás, qué disparate. Curioso, cómo ni siquiera era lo fundamental estar de acuerdo en asuntos fundamentales sino en algo anterior, más exquisitamente previo, como llamar a las mismas cosas con los mismos nombres. Decir «azul», «felicidad», «mañana», estar imaginando idénticas figuraciones. Pero nunca. Bueno, ya tanto daba... y el chaqué por suerte le estaba bien, holgado. Era el mismo chaqué de la otra boda, el de todas las bodas, lo que casi parecía uniforme de cinismo.

Andar despacio, con solemnidad conveniente. No apresurarse. No tropezar. Reginita, la hija, avanzaba por el camino rojo de la alfombra que se hacía estirado inacabable como multiplicándose siempre dentro de un sueño; se apoyaba en su brazo, muy puesta, tan maquillada que no parecía ella misma. Incluso se veía mayor, pero ahora lo que los tenía a todos en tensión, supeditados, era el vídeo y el vídeo era oficio de ese tipo barbudo con chaqueta entallada, chaleco celeste y chalina gigante como una mariposa amarilla, cargando con la cámara, intruso hasta pasando por delante de ellos, cruzándose, entorpeciendo: así eran las cosas hoy en día, ni dignidad aun en los momentos más serios, ni asomo de las antiguas elegancias. Eran así; había que resignarse. El coro desafinaba.

A Carlos las voces desafinando le daban una sensación nerviosa, repeluzno como de carne-de-gallina, no lo podía evitar. Destemplaban, sí, y no ponían mucho empeño; quién sabe

si no se reservaban para el Aleluya de Händel que indefectiblemente tendría que caer en el momento juzgado culminante, se veía venir. Regina había dicho que era menester organizar una boda como la de todo el mundo y él había murmurado para sí cuando se lo contaron «de modo que fracase, entonces», pero eso formaba parte de su propio desencanto y sí que era cinismo, la verdad.

Las que disfrutaban con los casamientos eran las mujeres; hasta doña Nieves, su madre, a los setenta y bastantes años se había hecho hacer un vestido reluciente de hilos de plata, excesivo para el papel que ella desempeñaba en la ocasión, que era ninguno oficial. Incluso se había separado de sus pendientes largos de diamantes, quién iba a imaginar que tal desprendimiento lo vieran ojos, como quien dice en vivo, sin anestesia. Se los había regalado a la niña con muchas recomendaciones y la exigencia de que los llevara puestos en la ceremonia. Aquello fue objeto de negociación larga y ardua, sin que doña Nieves hubiera cedido un solo milímetro; o Reginita se los ponía para la boda o no salían de su caja fuerte en el banco. Y la niña los llevaba por no quedarse sin el regalo, que era de valor, aunque desde luego no tanto como mamá creía porque la talla antigua de las piedras nunca era lo mismo. La novia estaba guapa. Andaba como una actriz, pisando antes sobre las puntas, representando. Camino largo, alfombra roja. Se paraban al fin ante los reclinatorios, Regina acudía a colocarle a la niña la cola, los tules como espuma, se atareaba entre los pliegues. Se demoraba; iba muy elegante con vestido rojo y sombrero.

La madrina, de azul fuerte, mantilla negra, un poco rechoncha, llegaba detrás, del brazo de su hijo. Parecía inofensiva, bastante amable. ¿De quién serían las dos niñas llenas de volantes que llevaban las arras? Zapatos de charol negro, qué equivocación. El cura también le era a Carlos desconocido, debía de tener confianza con los novios, hablaba como si la tuviera. Tenían que haber pasado años desde que fue a la última boda, estaba tan quitado de bulla... Pero no tantos, a la boda del chico de Poli sí que había ido y a la de... Para que ésta fuera como la de todo el mundo estaba él ahí, haciendo de padrino de su hija. La pobrecilla tendría responsabilidad de sus propios errores, pero qué culpa de las cosas de sus padres. Ojalá todo le resultara bien y fueran felices. Y también a la otra, Niní, Nieves en realidad, poco atractiva con el sombrero que debía de haber sido empeño de la madre y se veía enternecedora, casi patética

con su emoción debajo del ala de un verde muy oscuro. Regina siempre había preferido a la mayor, aunque lo negara.

Ahora Niní salía de telonera, leía un papel por el micrófono en voz alta, un poco temblorosa. A lo que Carlos no se acostumbraba, a que los seglares subieran al púlpito con aires de enteradillos, como si fuera cosa suya hablar a los fieles, como si supieran hablar, pero no sabían, qué iban a saber. Ni leer tampoco, pronunciaciones borrosas, tonos de voz imposibles, daba vergüenza ajena... hoy en día nadie parecería extrañarse. Como en todo lo demás: lo que era y lo que no era colaban por el mismo cedazo, sin definición, confundidos, una barbaridad. Pensó qué les parecería a los otros la pobre lectura de Nieves, pobre en el texto y en la forma, a sus amigos por ejemplo. Uno con aquellas cosas se azaraba. No que él hubiera visto a nadie, ninguna cara conocida, entrando. Ni miró. Sólo la alfombra roja, el ruedo blanco del vestido, no lo fuera a pisar, el velo en aureola alrededor de la niña; al fondo un altar con muchas velas, vaho de la cera ardiendo, flores. En su torno un rumor de cuchicheo, sombreros, ropas mezcladas, como si no hubiera personas sino «invitados», especie aparte, colectiva. Nada que ver con nadie real, igual que estar mirando una película, reflejos de luz en la pantalla, mentiras para pasar el rato. Cosas-que-no-eran.

Y el coro ayudando a establecer un aire de falsedad sobre toda la reunión... ojalá a Reginita le fuera bien. De todos modos era de esperar que hubieran venido los amigos, aunque él últimamente no había asistido a las cenas de los miércoles, no por falta de voluntad sino... La vida tan complicada para todo el mundo y este Madrid que parecía comerse a las personas. Pero seguro que ellos acudían. Los cinco: Álvaro, Poli, Manuel, Fernando y Pirracas. No podían faltar. De las respectivas ni se sabía; claro, Beatriz sí y la de Manu no, pobrecilla. Con las demás uno nunca estaba a la última en cuestión de matrimonios.

¿Y Ricardo? Ahí le entraba la duda; Regina no lo quiso invitar pero él lo había llamado por teléfono. «Espero que vengáis tú y María Emilia». Él, con algún embarazo: «No sé... no hemos recibido invitación».

—La estás recibiendo en este momento. ¿O, entonces, para qué crees que te llamo? Y tú no necesitas invitación, así, impresa en un papel. Si vamos a eso, tampoco tengo yo una a mi nombre.

Ricardo razonaba, con su sensatez un poco tozuda, bondadosa, también. Muy agradecido pero no quisiera incomodar a doña Nieves ni a Regina. Lo mejor, que se vieran ellos dos cualquier día, quedaban para almorzar y... Una boda era cosa de familia. Aquella especie de complejo que nunca tuvo sentido y encima ahora él estaba en mucha mejor posición que todos ellos, así que menos aún. Carlos se disgustó. Con una mano sostenía el teléfono mientras que con la otra echaba un nuevo chorreón de huisqui en su vaso; lo tomaba puro, sin enfriar.

–Qué demonios, Ricardo, tú eres mi familia. Lucía y tú. Pero ella está muerta y a ti no te veo nunca.

–Estás bebiendo, ¿verdad? –había preguntado tranquilamente–. Lucía lleva enterrada quince años y antes de que se muriera pasaste diez sin verla. Y a mí puedes verme cuando quieras, sabes que siempre me alegro de que vengas por casa o por el despacho.

En verdad siempre estaba ahí, inamovible, listo para echarle una mano cuando lo necesitara; ni la política de mierda había conseguido distanciarlos. Carlos suspiró.

–Me gustaría que vinierais –repitió, bebiendo otro trago–. Ya lo sabes, los Jerónimos a las siete y después en el Ritz.

Entonces pensó: eso era lo que había querido decir Regina, una «boda como la de todo el mundo» y también «comilfó». Pero ella no hablaba francés, sólo sabía decir palabras sueltas, *comme il faut, marron glacé, cordon bleu, toilette...* oh, Dios, qué pesadez de vida. Ricardo había quedado finalmente en acudir, si podía, y se lo iba a decir a María Emilia, aunque ella no se encontraba muy allá últimamente. No sabían bien, algo de estómago, a menos que fuera el hígado... , la verdad, no le daban con ello.

–Pero yo haré lo posible y gracias por llamarme.

A la niña le había mandado buen regalo, salvilla de plata; Regina dijo que no era del modelo elegante, la apartó con las cosas para cambiar. Con todo, uno de los regalos mejores; Ricardo siempre había sido generoso con él, mucho... Se arrepentía de haberlo visto tan poco en los últimos tiempos; si cuando le ofreció un puesto fijo en su despacho lo hubiera aceptado en lugar de buscar por fuera, tanto mejor hubiera sido por muchas razones.

Había que arrodillarse. Regina parecía dispuesta a intervenir otra vez en el arreglo de las telas. Seguía la ceremonia.

Ricardo seguramente no estaría en los Jerónimos, no era partidario de iglesias ni de curas, aunque María Emilia sí era católica y por la iglesia estaban casados... claro que en su época cualquiera se casaba de otro modo. Intentaría localizarlo en el cóctel y le pediría perdón por no haberlo visitado en tantos meses. Era una buena persona; cuánto había apreciado tenerlo como amigo. Cuando se conocieron en la Universidad Ricardo era ayudante. Discutían por Maritain. Después había seguido frecuentando su casa, sus diferentes casas conforme mejoraba de posición, en una intimidad continuada pero mantenida fuera del alcance de los amigos por su común historia, bastante especial. Carlos siempre le conservó el cariño... en seguida que llegaran al Ritz se ocuparía de buscarlo. Tal vez mamá agarrara una rabieta, aunque de seguro habría demasiada gente y no tenía por qué enterarse. Ni lo conocía; en su propia boda había pasado inadvertido... ¿por qué la gente decía «desapercibido»?; inadvertido, sí, con María Emilia. Al menos mamá negaba conocerlo, «no sé de quién me hablas». Pero la primera vez que lo nombró había reaccionado con un bofetón rápido: «y te prohíbo que digas insolencias». Así, con sus rabias, hacía hincapié, forzaba las cosas a quedar pareciendo verdaderas. Doña Nieves nunca iba a saber nada que no quisiera saber, entonces, ¿por qué aquellas iras? Siempre impondría su santa voluntad, jamás agacharía la cabeza, ah, no. Su generación tenía otra fibra, de todos modos, más columna vertebral. Hasta en la casa, con el vestido de diario, el de las mañanas, habiendo conservado sus costumbres antiguas de economía y decoro, un vestido para salir, otro para recibir a las señoras, el más viejo, viejísimo, para estar en casa por las mañanas cuando no venía nadie, hasta con aquella ropa, reluciendo de brillos de la plancha, en su sala chica, ella no se sentaba apoyándose en el respaldo sino siempre recta, sin ninguna blandura. No se abandonaba ni claudicaba ahora tampoco ante los años y los dolores de espalda de un reuma inevitable. Se mantenía derecha, igual. Mujer de todas las firmezas, seguía solamente su propio criterio; dudas en ella no cabían. Carlos la imaginaba tan implacable como el avance de una apisonadora. ¿Las certezas favorecían la salud, la consolidaban? A pesar de todas sus aprensiones —el corazón, hijo mío—, quizá a causa de ellas, doña Nieves era un roble.

Estable, de cabeza y cuerpo. «Hijo, si cuando vosotros vais, yo estoy de vuelta». Lo malo, que era verdad.

Regina la detestaba y al principio habían parecido tan cómplices, casi a costa de él que sentía incomodidad y a la vez alivio por tal situación, con esa extraña corriente secreta que existía entre las mujeres, subterráneamente. Hilo incomprensible como un misterio, delicado. Frágil. Para terminar en odio poco después, aquellas mudanzas, la buena relación no había durado, lo natural, eran demasiado dominantes las dos, sus intereses tan parecidos en el fondo. Cada una quería conducir por su propio camino. Paralelas; de una en otra, Carlos tironeado sin saber a dónde acudir, puntos para encontrarse sólo en un infinito, destrozados... Era bueno que Reginita y su marido se fueran a los Estados Unidos, quitados de en medio, respondiendo por sí mismos y nada más... Mucho mejor.

El coro cantaba otra vez. Un templo con todas las luces encendidas, temblor sacramental, ¿no tendría que dar una sensación sagrada, de grandeza? Aquello sólo sugería la típica reunión de sociedad. Vacía, sin significación. Como flor de trapo o campana de madera pintada de purpurina, ninguna resonancia. En la iglesia uno debería sentir algo excelsamente, como una inmensa paz, al menos en un día así, tan señalado. ¿En su propia boda, notó algún himno dentro de él...? Apartó aquellos pensamientos con fuerza. De lo que menos quería acordarse, de aquella maldita época de su vida, vida de perros. Y eso que la empezó de buena fe. ¿Cuántos años habían pasado, veinte? Casi sin querer hacía el cálculo, veintidós. Pensar «cómo pasa el tiempo» era vulgaridad pero apenas se le ocurría pensamiento más original bajo el peso de los años... trescientos sesenta y cinco por veinte, cinco y cinco diez y llevo una, trece, siete... siete mil trescientos días y luego setecientos treinta... más de ocho mil días y noches amarrado a Regina, a una forma de vida que no se podía soportar. Y aunque llevara diez años –tres mil seiscientos cincuenta días– separado, las malditas ataduras ahí estaban. Impidiéndole llevar una existencia de dignidad, ni lo normal para un ser humano. Entonces, ¿cuánto tiempo desde Elena...? Mejor no calcular. La vida nadie la vivía dos veces; cualquier determinación arrastraba una multitud de consecuencias. Si uno se equivocaba no tenía remedio, ¿eso podía ser justo?

Ahí estaban Reginita y Nieves y ese muchacho poniendo cara de persona decente, pero vete tú a saber, Lucía enterrada,

Manu, que se casó con María Luisa y ahora hay que ver, el pobre, y él mismo con un mundo a cuestas que era un cargamento de cenizas. Nada tenía arreglo. ¿Y Elena...?

—¿Y tú, Regina Victoria, aceptas...?

¿Por qué se habría empeñado Regina en aquel Regina Victoria ridículo, capicúa de la inglesa gorda, emperatriz? Nunca debió consentir tamaña cursilería ni tantas otras cosas. La niña contestaba, voz clarita; era el momento más emocionante. Hasta él mismo sonreía sin proponérselo, contagiado, una mimética sonrisa, insegura... También les temblaba la mano al poner los anillos, las dos niñas monosabios se atareaban con las arras, aquel rito de compraventa, símbolo al que quizá se debería haber renunciado ya que se dejaban atrás tantas cosas de mayor importancia. La madrina se sonaba, pañuelo de encaje, el del vídeo enloquecía de entusiasmo dirigiendo a sus acólitos en la distribución del chorro de luces. ¿Qué pensaría doña Nieves? En poco tiempo más iba a ser bisabuela aunque, claro, eso no se lo habían dicho. Los chicos en seguida se marchaban a América y así se diluía la cosa de los meses, lo más discreto. Al fin y al cabo no era tan grave, se casaban en la iglesia, boda comoda-de-todo-el-mundo, pero daba una ira en el fondo, llamarada que había que sofocar como incendio en un bosque, con urgencia. Maldición de época, todo venía torcido. El sacerdote hablaba otra vez.

Por lo demás, las muchachas ahora sabían lo que estaban haciendo, no eran como las de su generación. El coro atacaba, nunca mejor dicho, el Aleluya de Händel como era de esperar, ahí se empleaban a fondo. Ni siquiera conseguían destrozarlo por completo. De pronto pensó: «Señor, si encuentro aunque sólo sean diez justos, ¿salvarás la ciudad?». ¿Cómo era el regateo de Abraham, exactamente? Y el ofrecimiento de Lot a los hombres de Sodoma: aquí están mis dos hijas que no han conocido varón; haced con ellas lo que queráis pero no toquéis a estos dos hombres bajo mi techo. Qué brutalidad, bien pensado. Ahora todo el mundo leía la Biblia, grandes y pequeños, sin enterarse de nada probablemente. Hace pocos años estaba prohibido, hasta tenía uno que obtener permiso. A ellos, universitarios, les tocaba ir a pedirlo a la iglesia de la Ciudad Universitaria, junto a Cultura Hispánica; un cura viejo, sordo y malhumorado, solía darlo después de unas cuantas preguntas, por lo general impertinentes... A algunos les gustaba ir a la misa de

aquel cura, los domingos al anochecer; tenía fama de progresista quizá porque era un tipo lleno de oscuros resentimientos.

El sonido del órgano se expandía, vibración creciente, ruido de río en tormenta... a lo que Carlos estaba imaginando el figurado Big Bang del Universo inmensamente abriéndose, el Gran Principio; decían que los ecos en el Cosmos aún podían escucharse. Entonces, cuando el mundo todo en movimiento llegara a las orillas curvas del infinito, ¿rebotaría? Volvería tal vez a replegarse y empezaría el viaje, tan despacio, a la inversa. Luego se concentraría en la pelota de antes del Inicio y, quién sabe, quizá el Creador diera un suspiro hondo y pronunciara: «Terminó el Primer Acto». Le gustó pensar aquello.

El joven de la cámara mandaba con muchos gestos a dos ayudantes que dispusieran otros focos, incomodaban. Por suerte, antes no habían tenido este número; ahora todo había que inmortalizarlo, como si valiera la pena. ¿Cuántos matrimonios auténticos conocía? Álvaro y Beatriz sí, pero la mayor parte, apañados, resignaciones, muchos un infierno... a las profundidades de exasperación y miseria que se podía bajar, llegando a no ser uno mismo sino otro, ajeno y hostil, hasta mirarse en un espejo y ver una persona diferente, no reconociéndose. Lo que él tendría que haber hecho para convertirse en sí mismo, el que debería haber sido, aquel que llevaba dentro desde siempre con su santa inocencia y su buena fe, era haberse casado con Elena. Entonces Reginita no estaría aquí, casándose, la existencia de muchas personas habría sido cambiada. Pero él sí sería él, no éste. No eran cosas para pensarlas, la rutina de la resignación las relegaba a un olvido medio gris, medio pardo, sólo que en este día especial un mundo de melancolías y recuerdos se le venía, implacablemente, encima.

Seguía la ceremonia. El sacerdote, y seguro que era de aquellos que en días corrientes vestía pantalón tejano, camisa de rayas, el sacerdote después de haber invocado al Dios de Abraham y al Dios de Jacob, pero de alguna forma sonando a cachondeo, empequeñeciéndolo todo, hablaba de la bondad de Dios al instituir el matrimonio. Y que la carne y la concupiscencia; no podía faltar, claro. Qué sabría él, hoy día algunos curas decían Dios y concupiscencia con el mismo tono empalagoso. Y no, no era aquello. El Dios de Abraham era terrible. «Señor, si te encuentro aunque sean diez justos, ¿salvarás la ciudad?». Las cosas verdaderas eran, todas, terribles; en los tiempos de



fuerte fe había gran temor de Dios. Miedo real, que requería un valor real, no dulcedumbres empachosas inventadas, como azúcares sintéticos. El Amor también daba miedo, ¿por qué el estúpido afán de allanarlo todo, hacerlo inofensivo? Como si nada grande pudieran soportar.

La carne, para aquellos jóvenes, ¿tenía algún misterio, alguna emoción? Reginita misma, niña mimada desde siempre, ¿no se había comido el pastel antes de empezar a vivir? Eso era, pastel. Las malditas prisas: el pecado mayor era ése, querer tenerlo todo ahora. Hoy nadie esperaba. La niña desde pequeña siempre fue así, imperiosa, animada por la madre a todos los deseos. Dentro de todo, demasiado bien había salido. Perdónanos, Dios, somos un desastre. Ahora tenían que firmar el papel: por su gusto ni firmaba.

La iglesia, lugar sagrado, vértice de un ángulo agudísimo que casi tocaba las playas de la orilla del cielo. ¿Dios comprendía a todos? Había sido hombre, también. «Haz que sean felices; ella es hija tuya, más que mía al fin y al cabo. Yo no sé ser padre, como que no me pega, lo confieso». Quizá si se hubiera casado con Elena y sido él mismo, quizá si hubiera conocido a su propio padre... aunque acaso no.

Aquello parecía haber llegado al final; para salir él tenía que dar el brazo a la señora de azul, madrina y madre de Francisco. ¿Se llamaba Marina? O Marita. Le sonreía, como queriendo amigarse, apaciguadora, señora amable con la chata nariz un poco plebeya. Delante iban los novios, andaban saludando a los dos lados, detrás de él Regina, del brazo del padre del muchacho, saludaba también, podía sentirla, su cercanía molesta físicamente. Entonces la boda ya estaba; el camino de vuelta sobre la alfombra roja era más corto.

En la puerta se amontonaba mucha gente, eran los parabienes y las enhorabuenas. Doña Nieves acudía con su empaque, traje de plata, dispuesta a recibir toda felicitación. «Es la abuela –cuchicheaban unos–, qué buena facha». Quizá lo hubiera oído, sonreía protagonizando. El pelo tan blanco, los hombros bien rectos, con la misma gracia de su juventud siempre. Llegaba Poli, palmeaba a Carlos en la espalda, a doña Nieves le besaba la mano. «A quien yo pediría en matrimonio es a tu madre, está guapísima». Ella aceptaba el cumplido, medio coqueta: «Adulador». Carlos recordó de repente: aquellas mismas palabras había dicho Poli el día de su boda, entonces

mamá iba de terciopelo negro, con los pendientes largos columpiándose un poco debajo de la mantilla; disimulaba bien su ansiedad. Hoy estaba satisfecha: «Una boda preciosa». Entraba en el automóvil de los padres del novio, había aceptado su ofrecimiento como quien hace un favor. Carlos preguntaba a Poli: «¿Han venido todos?». A la vez, alguien lo abrazaba de improviso: «¡Qué padrino más guapo, si parecías el novio!». Era Peque y seguía muy mona, pese a las muchas diminutas arrugas, delgadita, con el pelo corto, su flequillo castaño. Antes era más morena. Entonces, debían de seguir juntos ella y Poli.

Y sí, cómo habían de faltar, ahí estaban todos, Manu, Fernando con su sonrisa un poco irónica, Pirracas. «¿Y el Elefante?», preguntaba Carlos. También. Acudía sonriendo, el pelo muy gris pero el Álvaro de toda la vida, la cara no le había cambiado. Los amigos lo rodeaban, las señoras quedaban un poco en segundo término sabiendo que los seis eran fuertes cuando estaban juntos. A Carlos se le abrían los brazos. «¡Por Dios, que esto le hace a uno reconciliarse con la existencia! Muchísimas gracias por haber venido».

—Hombre, ¿cómo se te ocurre que pudiéramos no venir? Nadie decía mucho más, la voluntad de estar presentes era lo que contaba y eso no hacía falta decirlo.

Algunas personas se acercaban a saludar, las señoras y la mayor parte de los invitados se desparramaban por la cuesta-bajo, en dirección al Hotel Ritz. Quedaban los seis. Primavera, avanzaba la tarde, los árboles en el Parque del Retiro oscurecían, se volvían sólo sombras. Después de todo no había llovido, uno de los temores de doña Nieves. Hubiera querido decirles la verdad, por lo menos a Manuel que era el padrino de bautismo: «Manu, la niña está embarazada». No podía ser.

Pero estaban ahí, acudidos al conjuro de la cita. Y era Álvaro quien de repente recordaba su verso-clave, tanto tiempo que no lo habían dicho. «Amigos, nadie más. El resto es selva». Amigos, sí.

Si te ha gustado puedes adquirir el libro pulsando en el enlace: <https://bibliotecaonline.es/producto/el-lubrican-blanca-garcia-valdecasas/>